

Montevideo, martes 15 de abril de 1958

FUIMOS AL BALLET

PERFECCION SIN INVENTIVA

Para el aficionado de ballet, este film permite rever, ahora completo, al Ballet Bolshoi que visitara Montevideo el año pasado. No son las siete figuras que conocimos, encabezadas por la Struchkova y Lapauri, sino el equipo completo con sus estrellas: la famosa Galina Ulanova y Nicolai Fadeychev. Y son por lo tanto las coreografías completas de algunos bailes de los que sólo vimos fragmentos.

Mucho y admirable se gana con esta versión integral, sobre todo en el caso de las dos obras mayores que muestra el film: La noche de Valpurgis (música de Gounod para su Fausto) y Giselle (Adam), ambas

establecidas o arregladas por el primer coreógrafo de la compañía, Lavrovsky.

El cuerpo de baile tiene un ajuste casi perfecto, a imagen del que quizás sólo caracteriza, fuera de éste, el Sadlers Wells británico, obteniendo una armonía y precisión que en Giselle son simplemente prodigiosas. Eso que hace la maravilla del ballet blanco, que es la simultaneidad, la combinación justa del movimiento, el trenzado impecable de las figuras, se obtiene aquí con toda naturalidad, sin que se descubra el esfuerzo físico, ni la reiterada mecánica que fue necesaria para llegar a este fin. Es un placer, lamentablemente breve, que él nos ofrece y que sólo alcanza su plenitud en la citada Giselle, pues la coreografía del conjunto en La noche de Valpurgis no permite un rendimiento tan visiblemente perfecto.

Pero si el Bolshoi ha alcanzado un tan alto punto de ajuste, no ha encontrado todavía, a estar por lo que le hemos conocido, un coreógrafo suficientemente original e inventivo para aprovechar esta notable capacitación. El trazado de Lavrovsky para la música de Gounod es de un barroquismo superficial, que concede mucho al afectismo gimnástico en que los bailarines soviéticos se distinguen, y sólo tiene un momento delicioso en el interludio de la ninfa y los sátiros que, sobre una evocación antigua, muestra acierto y elegante precisión. En cuanto a su reducción de la coreografía de Jules Perrot para Giselle, ha concedido excesiva parte a la pantomima del primer acto, lo que si bien permite una actuación teatral de la Ulanova en un viejo estilo, disminuye la frescura neorromántica de la obra.

El resto del programa rinde tributo al folklorismo todavía no elaborado suficientemente, que ejercen los soviéticos con pericia y con un impulso jovial que muchas veces rescata su endeblez artística: así la danza española,

la polonesa y la carcoviana, y sobre todo lo danza de los tártaros (Asalef) que sería excelente si no fuera lo arbitrario del color, aunque la responsabilidad aquí la comparten el Bolshoi, el castman color, y la iluminación teatral, no cinematográfica, del film.

Pero la gran curiosidad era ver a Galina Ulanova, la más que famosa. Puede defraudar a muchos espectadores: su Muerte del Cisne no será aceptada por nuestros padres que la vieron por la Pavlova, pero ya nadie, ni Dios, sabe cómo hacía la Pavlova la coreografía de Fokine. Pero además la Ulanova ha llegado a nosotros cuando había cumplido su ciclo exitoso dentro de su país, y cuando la edad parecía obligarla a un retiro glorioso donde conservara sin mancha la adoración de las multitudes. Demuestra un estilo austero, una exactitud rítmica admirable y una cierta sequedad de movimientos que son muy sorprendentes si se la compara con la gracia y la soltura de la Struchkova, por ejemplo. Demuestra además un cierto talento para la pantomima dramática en el antiguo estilo que exigen los teatros muy grandes (está actuando en el Covent Garden) pero que la filmación de cerca perjudica. Dos momentos brillantes justifican el film: la danza campesina del primer acto de Giselle y su "pas de deux" del segundo. La finura casi exquisita de la primera, que demuestra lo que podían hacer con el folklore en el siglo XIX, y el dramatismo de la segunda, tan majestuoso como sobrio, sólo pueden ser obra de una gran bailarina, de una estrella. Pero además cuenta con un compañero excepcional, Nicolai Fadeychev, y es él también quien justifica el film. Dotado de un físico espléndido, seguro, liviano, firme, capaz del porte alto más difícil y del desplazamiento más sutil, es él quien, por inesperado, sorprende más.



GALINA ULANOVA
Una estrella, sin duda